

Consideraciones sobre el rearme y la economía del mundo occidental

Por EDUARDO PRADO
Teniente Coronel de Aviación.

Para una gran parte del pueblo norteamericano la integración total de la Europa occidental viene a ser el objetivo real de su política exterior. Integración política que impida la antigua y secular rivalidad entre Francia y Alemania; e integración económica que haga apta a Europa para producir en abundancia, abasteciendo su mercado interno, y poder disponer de productos manufacturados para intensificar el intercambio mundial.

En el aspecto económico, los americanos esperaron que el año 1952 (el 1 de enero de este año el Plan Marshall terminó su vigencia, que tenía marcada así al crearlo) el Oeste europeo y Gran Bretaña serían capaces de ganar—mediante el desarrollo de su comercio mundial—la cantidad de dólares necesarios para conseguir una fuerte y saneada economía que les permitiese atender a sus necesidades domésticas e incluso gastar elevadas cantidades de dinero en su rearme.

A pesar de la notable mejoría experimentada por los países europeos gracias a la generosa ayuda norteamericana, Europa no se encuentra todavía en condiciones de andar por su propio pie, y menos aún soportar gastos de armamento, que en algunos países llega a alcanzar el 10 por 100 de su presupuesto nacional.

En el aspecto político, la integración de Europa apenas ha mejorado, ya que, además de otros problemas aún sin resolver, siguen en pie todas las suspicacias y recelos con respecto al futuro de Alemania, a su constitución como un Estado unido, soberano e independiente.

El problema alemán está sin resolver, porque la primera condición para conseguirlo estriba en su unificación. Partida en dos, no existe Alemania. Unida en una sola nación, quizá su futuro, su proyección política, sea una incógnita todavía

más grave. Por lo menos, en lo que a Francia se refiere.

En estas condiciones, cabe preguntarse: ¿Se encuentra Europa en condiciones de resolver sus problemas internos y además invertir millones de dólares en armamento, del que carece y necesita imperiosamente? ¿Debe seguir la ayuda americana permanentemente, tanto en dinero como en material de guerra?

Estas preguntas se han contestado en parte con la aprobación recientemente por el Senado americano de la Ley de Ayuda al Exterior por valor algo superior a siete mil millones de dólares, cifra que descomponemos a continuación:

	Pesos
<i>Europa:</i>	
Ayuda militar.	4.818.852.457
Ayuda económica.	1.022.000.000
<i>Oriente Medio y África:</i>	
Ayuda militar.	396.250.000
Ayuda económica.	237.155.866
<i>Extremo Oriente y Pacífico:</i>	
Ayuda militar.	535.250.000
Ayuda económica.	237.155.856
<i>Iberoamérica:</i>	
Ayuda militar.	38.150.000
Ayuda económica.	21.245.653

Esta ayuda militar y económica a los países europeos viene a suplementar la que se ha ido concediendo desde que en Harvard el Secretario de Estado Marshall anunció el Plan que lleva su nombre.

En un sentido realista, el Plan Marshall no fué una concesión graciosa. Estaba inspirado en el deseo de conseguir un fortalecimiento real que detuviese el virus comunista que estaba infiltrado en todos los países y órganos europeos, a excepción de la Península Ibérica, y crear la prosperidad colectiva que sirviese de baluarte a la guerra fría del Cominform.

Pero después de las reuniones del Pacto del Atlántico habidas en Wáshington en septiembre de 1950 y de la aparición del "Gray Report" en noviembre del mismo año ("Report to the President on Foreign Economic Politics", by Gordon Gray, november 10, 1950), el énfasis de los planes americanos en la ayuda a sus amigos y aliados se desplazó hacia un terreno de rearme militar. Es decir, podríamos aplicarle la fórmula nazi o la actual comunista: "Más armamento y menos man-tequilla."

Ahora bien; aun con esta inyección monetaria última, antes detallada, el problema económico sigue en pie y es difícil pronosticar si los principales países de Europa, tales como Gran Bretaña y Francia, podrán hacer frente por sí, aun contando con la aportación americana de armamento, a los elevados gastos de su defensa militar.

En Inglaterra, el nuevo Gobierno conservador anunció que se está próximo a la bancarrota, y Mr. Churchill presentó ante su pueblo una era de escaseces futuras poco halagüeñas. En Francia, aunque sus gobernantes no puedan hacer algo parecido por razones políticas, lo cierto es que la situación económica se agrava por meses e incluso por días. Rusia, enfrente, aguarda el colapso que podrá o no producirse, pero para lo cual su política malévola no cesa de trabajar en todos los terrenos y en todos los países. Mas para juzgar lo que los Gobiernos harán en el futuro, habrá que conocer lo que han hecho en el pasado, aunque haya sido ejecutado muchas de las veces bajo presiones de los partidos políticos y situaciones especiales de su política interna.

La política británica, en lo que respecta a la integración de Europa, por ejemplo, puede ser comprendida solamente a la luz del apasionado complejo del Gobierno laborista para llevar a efecto su política social y a su profunda repugnancia a las políticas seguidas por otros Gobiernos europeos. Parecidamente, el nacionalismo francés contrasta de modo exagerado con lo que parece ser sincero deseo de algunos de los gobernantes galos por la creación de la Federación de Estados Europeos.

Las economías europeas siguen siendo

en la práctica economías separatistas y proteccionistas con murallas aduaneras cada vez más altas, y en algunos casos más complicadas. Así en Francia los vicultores fueron ardientes contradictores al proyecto de unión aduanera con Italia; y en Inglaterra los laboristas lo fueron del Plan Schuman de integración o "pool" de las industrias del carbón y el acero del Oeste europeo.

Dos cosas parecen claras: primera, débiles esperanzas de que en el futuro se alcancen progresos aceptables de una integración económica de Europa; segunda, escasas posibilidades de que la opinión pública americana se preste a seguir ayudando indefinidamente, con dinero que hay que sacar de los bolsillos de los ciudadanos yanquis.

Hay que ir, pues, a que Europa se valga por sus propios medios a fin de conseguir economías más prósperas y saludables. Para ello hay que producir más, vender más e importar menos.

Es una incógnita todavía sin descifrar lo que saldrá—no nos gustaría pecar de pesimistas—de todo el aparato que envuelve a la N. A. T. O. ("North Atlantic Treaty Organization"), ya que las discusiones de los problemas de la defensa militar envolviendo como tienen que envolver forzosamente cada aspecto de la vida política y económica de los doce países signatarios, debe conducir a crear y desarrollar conceptos amplios de cooperación y entendimiento.

No se conoce bien todavía—adivinarlo sería un atrevimiento—si los Estados Unidos vislumbran en la N. A. T. O. sólo una Asociación especial y nueva, pero temporal, de la defensa común, o la creación de una nueva institución de carácter internacional. Para los ingleses, por ejemplo, hay un mundo de diferencia entre estos dos conceptos.

Si fuese lo primero, ningún británico podría dejar de pensar que ello duraría solamente el tiempo que durase la amenaza soviética, aceptándolo como un instrumento "ad hoc" de política militar, pero no como un cuerpo básico de cooperación política y económica de tipo permanente con los Estados Unidos o naciones amigas que gustasen de él.

Si fuese lo segundo—la institución in-

ternacional permanente, de la cual más de una vez habló Mr. Acheson—, llenaría los propósitos que desea la política exterior y económica inglesa, ya que ello facilitaría plenamente su plan de considerarse no sólo un poder europeo, sino ser un poder mundial, combinando su influencia en el Oeste europeo, sin debilitar para nada sus lazos de unión con los demás países del Commonwealth británico.

Dejando aparte por un momento la actitud insular de muchos ingleses y las limitaciones de la doctrina económica que implantó el laborismo en sus años de gobierno, existen poderosas razones para asegurar que los británicos, bajo cualquier forma de gobierno, prefieran colaborar más en un plan atlántico que en uno puramente europeo: Primero, por el miedo a que una conexión más estrecha con los países europeos corte o estrangule sus lazos con la Commonwealth o su afinidad con los americanos; segundo, por su convicción de que la única base por ahora para una segura Europa es tener a los americanos bien metidos en ella con hombres y dinero.

En apoyo de aquel punto de vista, miran desconfiando hacia las tendencias persistentes en el Continente, de pensar en una Europa unida como la "tercera fuerza" entre América y Rusia, cosa que los gobernantes ingleses creen peligrosa para su Imperio e irreal en su concepción.

Si los americanos volviesen al concepto de camaradería en Europa y si los esfuerzos de cooperación pudiesen ser canalizados a través del Pacto del Atlántico, los británicos pondrían más interés en la cooperación. Así, de este modo, se ven obligados ahora a cabalgar peligrosa e inconfortablemente en dos caballos a la vez.

Se decía en el "Gray Report": "Para facilitar las defensas que requiere el Oeste de Europa de acuerdo con planes de conjunto, los Estados Unidos debieran estar preparados a continuar la ayuda de abastecimientos—aparte de la de equipos militares—por otros tres o cuatro años más después de esta fecha. El total de la ayuda necesaria depende del efecto que surta sobre el país el programa de armamentos que en este momento hacen algunas

naciones individualmente y del impacto total que sufran sus economías, factores éstos que están siendo llevados por las oficinas de planes económicos y de producción de la N. A. T. O. Tal ayuda debiera ser administrada de manera que contribuyese al uso máximo posible de los recursos europeos, desarrollar el comercio intraeuropeo y ayudar a integrar el esfuerzo económico de Europa."

La guerra de Corea ha cogido a los países europeos, aun a pesar de la mejoría iniciada con el Plan Marshall, en un estado de débil resistencia económica y con exacerbados instintos de protección nacionalista en cada uno de ellos. La inflación, la escasez de materias primas, la falta de numerario y nuevas amenazas al intercambio de productos, no han hecho más que crecer desde entonces.

Si este proceso continúa, Europa se encontrará ante un peligro inmediato. El que no progrese, dependerá principalmente de la evolución de la política americana a través del Pacto del Atlántico; es decir, del método que se siga en la organización de la defensa del Oeste.

En Francia, la situación financiera en los momentos en que se escriben estas líneas se ha agravado considerablemente, y su Ministro de Hacienda anunció hace tiempo el corte a rajatabla de las importaciones francesas, del área del dólar, por valor de 200 millones de esta valuta, o sea, el 30 por 100 del total de aquellas importaciones. Esto tendrá inevitablemente una intensa repercusión en la estructura económica nacional, en la situación política y en su programa de rearme.

Después de cuatro años de ayuda americana, en que Francia recibió torrentes de dólares, el mecanismo social, económico y político del país sigue enfermo, y por todos se reconoce que sin nueva ayuda las perspectivas del futuro son inquietantes.

En Inglaterra es posible que Churchill consiga con su energía peculiar, aunque con escasa mayoría parlamentaria, corregir muchos de los yerros económicos del laborismo; pero hereda una difícil carga política después del desastre de Abadán, el que pueda presentarse en Egipto y Sudán (cuyas complicaciones no han hecho más que comenzar) y las imprevisibles

que puedan plantearse no sólo en el Imperio, sino también dentro de las Islas, en variadas formas: paro obrero, huelgas, inflación y escasez de dólares, que ha llegado también a un punto realmente crítico.

* * *

Los Estados Unidos están empeñados en un programa masivo de preparación militar, y muchos de los países del Pacto, aumentando su rearme, sienten también los efectos de este esfuerzo colectivo. El peso de esta carga es tremenda en algunas de las naciones del Atlántico Norte. En el presupuesto 1951-52 los americanos gastarán más de 48,5 mil millones de dólares para sus gastos militares; esta cantidad viene a ser el 15,7 por 100 del total de la renta nacional. Inglaterra calcula alrededor de 3,6 mil millones de dólares, o el 9 por 100 de su renta total. Francia, 2.450 millones de dólares, o sea el 9,7 por 100.

Al mismo tiempo los Estados Unidos están proporcionando actualmente a sus aliados de Europa armamento militar en forma de barcos, carros, aeroplanos, cañones, herramientas, materias primas, etcétera, etc., a razón de unos 214 millones de dólares mensuales; unidos a otros 283 millones mensuales que enviaban en forma de créditos, productos alimenticios y maquinaria de uso industrial durante el E. R. P. (1).

La nueva dirección de los acontecimientos económicos refleja por supuesto la nueva orientación política. Ella ha influenciado precios, producción e ingresos, como acontecimientos económicos que deben tenerse presente como causas primeras al analizar el impacto del rearme en la economía europea. El primero de estos acontecimientos es el programa de rearme del Gobierno americano, que ha generado un poderoso impulso inflacionista en general. El segundo acontecimiento es el rearme de Europa, que ha comenzado a generar un impulso inflacionista propio.

El impulso inflacionista americano comenzó un año antes que el europeo, y su

programa de rearme ha afectado muy rápidamente al capital privado de los ciudadanos y al poder de compra individual, aunque el déficit presupuestario del año 1951 no haya sido muy exagerado. Pero el efecto directo de los gastos militares se irá notando en aumento y no es equivocado predecir un movimiento inflacionista constante, aunque regular.

Asentado el efecto de esta primer causa sobre el resto del mundo, debemos tener en cuenta dos hechos familiares a los americanos.

El primero es que dentro de los Estados Unidos un alza de rearme se ha sobrepuesto al alza civil que comenzó en 1950. Con sólo el 5 por 100 de desocupados, comparado con el 17 por 100 de 1939, había un pequeñísimo atasco en la economía americana cuando esta masiva y preparada carga fué comenzada. La demanda por las importaciones de materias importantes o estratégicas en los Estados Unidos correspondía a la demanda por cualquier otra cosa; pero tendrán dificultades en agrandar y quizá en mantener su alza de exportaciones.

El otro hecho, menos apreciado, es que en recientes años los productos básicos mundiales, principalmente materias primas y alimentos, se han expandido de acuerdo con la producción industrial. Pero el precio cada vez más elevado de aquellos productos trajo consecuentemente, hace un año, que el mundo no comunista fué amenazado con sustanciales escaseces de tales productos.

El efecto en los precios y en el comercio mundial con el proceso de rearme de Europa está aún por hacerse sentir. Las nuevas órdenes para equiparse militarmente están justamente siendo iniciadas. Sus efectos sobre los gastos gubernamentales y la producción individual son apenas perceptibles.

Conforme el rearme europeo adquiera empuje, sus efectos serán agudizados por las circunstancias más exageradamente que en Estados Unidos.

Sólo cuando el paralelismo entre las situaciones del Oeste de Europa y el de Estados Unidos sea reconocido puede uno aventurarse en el camino del rearme del mundo occidental.

Europa y Norteamérica (también pode-

(1) "Economic Recovery Program", consecuencia del Marshall Plan.

mos incluir el Japón) están embarcados en el mismo navío, les guste o no, en más que un sentido político, y la alineación de las naciones libres tendrá que gastar algo parecido a 70.000 millones de dólares en el rearme anualmente.

El control de la inflación interna será más importante y también más difícil para los países europeos y, por supuesto, la inflación será la amenaza más seria a la fortaleza militar de la comunidad atlántica, desorganizando la distribución de sus recursos y destruyendo la mutua fe y la lealtad que se deben entre sí. Llevada a límite más extremo, la inflación puede llegar a trastornar la producción y el comercio de los países que la sufran.

¿Qué es, pues, lo que tendrán que hacer los Estados Unidos con sus amigos los países europeos? Primero, ayudar con su dinero, sea como sea, a sus aliados. Europa necesitará más ayuda económica todavía, aun cuando desaparezca por efectos de su misma constitución el Plan Marshall y aunque América tenga que estudiar cuidadosamente la cantidad, distribución, empleo y propósito de esta ayuda, encomendada desde primeros de este año a la "Mutual Security Agency", sucesora de la E. C. A.

El objeto de ésta debe ser hacer capaz a Europa de rearmarse sin producir retroceso en sus condiciones económicas internas que debiliten a la actual sociedad política europea o disminuyan su potencialidad de adquirir mayor fortaleza que la presente. Recordemos que la dificultad fundamental del momento no es la de vender mercancías a cambio de dólares, sino la insuficiencia del potencial europeo para cubrir sus mínimas necesidades por este orden: rearme, exportación, sostener la economía doméstica.

Segundo: El total de la ayuda debe ser tan grande como sea preciso. Desde que comenzó Corea, la exportación europea a América no hizo más que crecer continuamente al tiempo que disminuyeron sus importaciones. Algo parecido sucedió con el resto del mundo. Pero estas favorables condiciones para Europa fueron circunstanciales y pueden cambiar a puntos más adversos, ya que la conversión de parte de su industria a la producción militar será ahora cuando empieza a

notarse. El año 1950 y parte del 51 fueron extraordinariamente favorables a Europa.

No olvidemos que el socialismo acecha en todos los países del Oeste de Europa y que en muchos el comunismo no ha perdido su vigor. Sólo espera con paciencia su ocasión. Finalmente, existe siempre el peligro de la invasión rusa. Se ignora cuándo será.

Tercero: La ayuda americana no debe ser pasiva. Tiene que ser, más que activa, activísima. Y no limitarse de ningún modo a éste u otro grupo de naciones, excluyendo a unos o a otros por razones bizantinas impropias de los tiempos que corremos.

Europa está en peligro, y esto entraña igualmente un peligro para América. Una forma de disminuir los riesgos es aumentar el número de los que puedan contribuir a la defensa común o prescindir de aquellos que se sabe no llegarán a contribuir, por razones dignas de ser tenidas en cuenta en ambos casos. Y dentro de estas condiciones, la ética y un sentido elemental de supervivencia aconsejan una ayuda proporcional que está en relación directa al esfuerzo militar que cada uno debe aportar.

En este terreno es excepcionalmente útil la opinión de los hombres que ven uniformemente, pues si los economistas tienen como misión contrastar "a priori" realidades económicas que en las estadísticas tienen fácil confrontación, no sucede lo mismo en el campo de la estrategia, donde las estadísticas en forma de pérdidas humanas y de bienes materiales empiezan a contrastarse después de rotas las hostilidades.

Y es entonces cuando muchas veces las cuentas no resultan, por la sencillísima razón de que a alguien se le olvidó antes cualquier sumando de signo positivo, mientras supervaloraba otros de signos negativos.

Las guerras pueden ganarse, es cierto, de diferentes maneras, pero nunca si han sido planteadas estúpidamente, por mala fe o sencillamente por ignorancia.

De estas cosas y de algunas otras más —el problema militar, principalmente— trataremos, Dios mediante, en un artículo próximo.